

Necrología del Excmo. Señor don Valentín Carulla y Margenat

Por el DOCTOR SOLER BATLLE

EXCMO. SEÑOR,
SEÑORES:

Es costumbre, en las sesiones que dedican las Corporaciones como esta a honrar la memoria de sus socios fallecidos, que se lea un discurso en alabanza del consocio perdido; digo un discurso, porque sólo en casos muy especiales suele leerse más de uno. Esta consideración, y la circunstancia de que sean dos los discursos que en esta sesión se leen, indican bien claramente cuál es la importancia del homenaje que la Academia ha querido rendir a su malogrado Presidente. Quizá la primera idea de esta dualidad de discursos en el acto que estamos celebrando fué debida, más que a otra cosa, al pensamiento de que, dado el doble carácter profesional que el doctor Carulla tuvo, como médico y como farmacéutico, era natural que a enaltecer su recuerdo contribuyesen dos de los miembros de la Corporación, pertenecientes a cada una de las dos profesiones indicadas; pero, en cuanto se inició la idea, es indudable que en el ánimo de todos los señores Académicos estuvo que, al llevarla a cabo, no sólo cumpliríamos el fin que acabo de apuntar sino que, al mismo tiempo, daríamos a este acto una solemnidad menos desproporcionada con los méritos de nuestro ilustre y llorado consocio. Tales eran estos méritos, tales la admiración y el cariño que le profesábamos y tal el dolor que nos causó su prematura desaparición, que, por mucha que fuera la grandeza que se llegara a dar al homenaje, nos había de parecer, a la postre, muy por debajo de los merecimientos de aquel cuyo recuerdo persistirá siempre en el corazón de cada uno de nosotros.

No sin temor acepté, en su día, el encargo que de contribuir activamente a este homenaje me hizo la Academia; el convencimiento de que ni por la galanura de la frase ni por la profundidad del concepto podía estar a la altura requerida por la personalidad del homenajeado, se unía, en este caso, a la certidumbre de que, después de oír las elocuentes palabras que a nuestro llorado Presidente ha dedicado el doctor Guerra y Estapé, os habían de parecer las mías tan desaliñadas que llegaríais a juzgarlas indignas de la eximia figura cuyo recuerdo tratan de reavivar. Acepté, sin embargo, lo que consideré como cumplimiento de un deber; lo acepté, además (y permitidme que repita la frase que ya, en una ocasión análoga, hube de pronunciar otra vez ante vosotros) «con la esperanza de que el afecto pusiese en mis palabras tal calor que pudiese suplir la pobreza de mis pensamientos».

De la personalidad del difunto Marqués de Carulla, de su carrera, de su valer científico, de sus dotes personales, de sus actividades, de sus méritos en general, acaba de daros el doctor Guerra y Estapé, con voz más autorizada que la mía, una idea mucho más exacta y completa que la que pudiera yo intentar daros. No he de cansar vuestra atención repitiendo con torpeza lo que acabáis de oír dicho con elegancia, pero he de rogaros que me permitáis que insista todavía en tres de los aspectos de su vida en los cuales tuve ocasión de observarle y admirarle más a menudo y más de cerca: me refiero a su actuación en el Hospital Clínico de la Facultad de Medicina, de cuya Junta Administrativa, como sabéis, llegó a ser Presidente; a su gestión como Rector de la Universidad en los asuntos que podríamos llamar directamente universitarios y a su intervención, como Rector de la Universidad también, en lo relacionado con la enseñanza primaria.

Todo Barcelona, todo Cataluña, sabe con qué ahinco, con qué cariño y con cuán enorme abnegación trabajó el doctor Carulla para dar vida al Hospital Clínico de la Facultad de Medicina; es cosa que, de puro sabida, tendríamos todos olvidada si fuese de la naturaleza de las que pueden olvidarse. Y, sin embargo, qué pocos adivinan hasta donde llegaba la amorosa solicitud del doctor Carulla para el que llamaba, apasionadamente, «su Hospital»! Todos conocen la insistencia, la porfía con que utilizaba sus amistades, su prestigio, incluso su actividad profesional como médico, para alcanzar donativos con que extender los beneficios del Hospital a mayor número de enfermos, o con que asegurar a éstos una asistencia mejor, o con que hacer que resultara el Hospital más fructífero para las enseñanzas de la Facultad de Medicina; todos conocen los prodigios que llegó a realizar cuando las consecuencias que la guerra europea trajo, incluso para los países que tuvieron la suerte de no verse envueltos en ella, colocaron

al Hospital Clínico en una situación económica más que angustiosa; no es tan sabido que el doctor Carulla, cuya infatigable actividad en los asuntos universitarios había llegado a atarearle de tal modo que le había obligado, con evidente perjuicio de sus intereses particulares, a renunciar casi por completo al ejercicio de su profesión, encontraba todavía tiempo, o lo robaba al descanso o al cuidado de su delicada salud, para descender a los detalles más nimios de una administración prolija y cuidadosa. No es, precisamente, que pudiera incluirse al Marqués de Carulla en el número de los espíritus estrechos que, absorbidos por la preocupación de las minucias, llegan a perder la visión del conjunto, no; desde las líneas más importantes de la organización, concebidas con la amplitud de miras de quien tenía de la asistencia hospitalaria la más vasta idea en el sentido científico y en el humano, hasta las pequeñeces de la compra de ropas y de subsistencias, todo alcanzaba de él una atención proporcionada a la importancia de cada asunto, y no esa atención malhumorada del que, con la idea severa del cumplimiento del deber, cumple este deber pero lo encuentra penoso, sino la atención amorosa del que, animado por un sublime espíritu de caridad, trabaja para los pobres con más afición y vehemencia que lo hiciera para sí propio; del que, entusiasta de la ciencia a que ha dedicado su vida, se complace continuamente en buscarle nuevos medios de progreso y de desarrollo.

Basta dar un vistazo al Opúsculo que la Iltre. Junta Administrativa del Hospital Clínico, con el objeto de poner de manifiesto una vez más los beneficios que dicho establecimiento reportó de la infatigable actividad del Marqués de Carulla, ha publicado recientemente, para darse cuenta de la amplitud de la obra por él realizada. Desde que dicha Iltre. Junta, en 1906, aprovechando su doble carácter de farmacéutico y de catedrático de Terapéutica, le delegó para la organización de la Oficina de Farmacia del nuevo Hospital, hasta que la muerte nos lo arrebató, su labor en pro del naciente nosocomio fué desarrollándose en un *crescendo* que, por lo rápido de la aceleración, llegó a parecer inverosímil. De 261 enfermos que albergaba el Establecimiento al terminar el año 1907, había subido la cifra, en 1923, a un promedio diario de 712; en los diez y seis años transcurridos, no sólo había aumentado paulatinamente el número de enfermos, sino que, no ya tan paulatinamente y a veces con rapidez desconsoladora, había aumentado enormemente el precio de víveres, medicamentos, ropas, combustibles, etc., es decir, de todas aquellas cosas de que un hospital hace un consumo grande, constante e ineludible; y si la carestía general puso en grave aprieto a establecimientos benéficos de existencia secular, que contaban en favor suyo con un prestigio tradicional y una corriente, también tradicional, de limosnas y donativos, ¿qué había de pasar con el Hospital Clínico, desde cuyo nacimiento habían pasado tan pocos años que podía considerársele, todavía, como en plena infancia? A pesar de todo, sin embargo, continuó el Hospital su marcha ascendente, hasta convertirse en la magnífica institución que hoy todos admiramos, y ello fué debido, principalmente, al formidable empeño con que, para lograrlo, trabajó el doctor Carulla. De simple delegado de la Iltre. Junta para organizar la Farmacia, pasó pronto a Inspector facultativo de Clínicas, después a Inspector general, censor de cuentas y ordenador de pagos, más tarde a Director del Hospital, luego a Vocal de la misma Junta y finalmente, en 1918, a Presidente de ella, y en todos estos cargos fué siempre el *fac totum* de la organización y administración de aquella casa. Acometió obras de reforma para la mejor distribución y utilización del edificio, reorganizó servicios ya existentes, creó otros nuevos; a él se deben las salas para traumáticos, las llamadas de excedentes para enfermos crónicos, las de tuberculosos, el departamento de terapéutica física, etc., etc. Para todo ello supo encontrar recursos en la economía de una administración ejemplar, en la generosidad de las donaciones de particulares y en el aumento de las subvenciones del Estado y de las Corporaciones oficiales, conseguido muchas veces gracias al prestigio personal del mismo doctor Carulla y a la evidencia de la magnitud, y de la importancia social y científica, de la labor por él realizada. No se limitó, además, esta labor, a un trabajo puramente administrativo o financiero, dedicado sólo a allegar fondos y cuidar de su inversión económica; el admirable don de gentes del Marqués de Carulla y su maravillosa intuición para aquilatar el valer de quienes le rodeaban le hizo sacar un partido enorme del personal médico del nuevo Hospital, proporcionando al profesorado de la Facultad de Medicina, y a la juventud salida de sus aulas, todos los medios que pudo facilitarles para el desarrollo de sus energías y aptitudes, contribuyendo así, con la colaboración de todos, a convertir la Facultad de Medicina con su Hospital en un centro científico de primer orden. Sin esto no hubiera sido completa su obra, ni hubiera pasado el Hospital Clínico de ser una casa bien administrada en vez de ser como él lo quiso: un modelo de administración, al mismo tiempo que una institución benéfica y un centro de creación y propagación de la ciencia médica.

No puedo resistir, al tratar de la actuación del Marqués de Carulla en la administración del Hospital Clínico, a la tentación de hablaros de algunas intimidades que pintan el inefable fondo de bondad de su carácter. La casualidad de dar yo mi clase, en el edificio de la Facultad de Medicina, casi a la misma hora en que daba él la suya, hacía que nos encontrásemos muy frecuentemente a la salida, y la confianza y amistad con que me honraba fué causa de que, en más de una ocasión, requiriese mi pobre ayuda para asuntos del Hospital a los que no había podido atender personalmente porque, aun para hombres

del temple del doctor Carulla, el día no tiene más que 24 horas. Enamorado de su función docente, raras veces faltaba a su clase, aun en ocasiones en que sus quehaceres como Rector le hubiesen sobradamente excusado, o en otras en que, si hubiese atendido a su propia salud con la vigilancia que hubiera aplicado a la de sus enfermos, la hubiese hallado de tal modo comprometida que se hubiese prohibido a sí mismo abandonarla cama. Todos sabemos que, en sus últimos años, era el Marqués de Carulla un hombre físicamente quebrantado. Salía de la clase, muchos días, con el cansancio y el sufrimiento corporal reflejados en el semblante, pero sin tomarse un instante de reposo, acudía inmediatamente a su despacho de la Administración del Hospital, donde le esperaba siempre una multitud de asuntos que estudiar y que resolver, de personas a quienes escuchar; donde podría decirse que descansaba cambiando de trabajo. Pero de vez en cuando nos ofrecía, a los que teníamos la costumbre de verle a menudo a la misma hora, un espectáculo que nos daba la medida de su entusiasmo benéfico; le veíamos transfigurado; se transparentaba en su rostro una alegría poco menos que infantil; parecía como si, por arte de encantamiento, se hubiese quitado de encima treinta años, o como si, también por encanto, hubiesen desaparecido súbitamente sus achaques, sus sufrimientos físicos. Llegaba entonces a las oficinas de la Administración, echaba mano a la cartera y sacaba de ella un fajo de billetes, un cheque o unos títulos de la Deuda, producto de algún donativo que había recibido; y era de ver la ingenua alegría con que miraba aquel aumento de los recursos del Establecimiento científico-benéfico en que tenía puestos sus amores. El más endurecido avaro no hubiera guardado en su arca aquel dinero con mayor complacencia que la que sentía él al poder destinarlo a mejoras que, en definitiva, habían de redundar en beneficio de los enfermos y de la enseñanza y progreso de la Medicina.

Una actividad tan extraordinaria como la que había desplegado el doctor Carulla en favor del Hospital Clínico parece que no había de dejarle tiempo ni fuerzas para otros intentos, pero no fué así. Desde que en octubre de 1913 recibió del Gobierno el nombramiento de Rector de la Universidad de Barcelona, supo redoblar sus energías, distribuir su tiempo y dedicar al Rectorado, en sus múltiples aspectos, una intensidad de trabajo igual a la que hasta entonces dedicara al Hospital Clínico, y esto, aunque parezca imposible, sin disminuir en un ápice la que a dicho Hospital consagraba. Tal multiplicación del esfuerzo llegaría a semejar un milagro si no encontrara explicación natural en dos hechos: primero, que desde su elevación al Rectorado renunció el doctor Carulla casi por completo, como he indicado ya antes, al ejercicio de la Medicina, en el cual se había conquistado un justo renombre y del cual podía aún esperar, en lo económico, pingües rendimientos; segundo, que desde entonces se sometió voluntariamente a un exceso tal de trabajo, con la consecuencia obligada del quebrantamiento de la salud, que su fin prematuro era para la mayoría de los que le tratábamos, y aun para él mismo, una cosa dolorosamente presentida. En aras de sus bellos ideales, la caridad y la instrucción, supo el Marqués de Carulla sacrificarlo todo: fortuna, salud y vida.

El cargo de Rector de la Universidad puede parecer, para los que lo ven desde fuera del recinto universitario, una especie de prebenda tranquila, sin luchas, sin incidencias desagradables, sin disgustos; no es así en realidad. La representación de la Universidad que el Rector ostenta en sus relaciones con el Gobierno del Estado, con otros organismos oficiales, con Autoridades, Corporaciones, etc.; el ejercicio de la suprema autoridad rectoral sobre las demás instituciones de enseñanza del Distrito universitario; los movimientos de la masa escolar, propensa a todos los arrebatos de la juventud; la necesaria existencia, dentro de la Universidad, de una organización burocrático-administrativa con numeroso personal no docente, y por último las naturales diferencias de opiniones, de intereses científicos, de tendencias, en un profesorado como el de la Universidad, dedicado al cultivo de tan diversas disciplinas científicas, son otras tantas causas de que un Rector de Universidad tenga bastante más que pensar y que hacer de lo que a primera vista podría creerse. A todo ello supo atender exquisitamente el doctor Carulla, conquistándose la admiración de muchos y el respeto y aprecio de todos. El ensayo de autonomía universitaria, desgraciadamente efímero, que tuvieron ocasión de hacer las Universidades españolas siendo Ministro de Instrucción Pública el señor Silió, dió lugar en la de Barcelona a frecuentes reuniones del Claustro en las que, como era natural, se manifestaron las más opuestas tendencias y se originaron discusiones a menudo acaloradas; no podía menos de ser así en momentos de los cuales parecía depender la vida futura de la Universidad y en los que el mismo amor que a ella profesamos sus catedráticos nos hacía poner, en la defensa de nuestros puntos de vista, una tenacidad inusitada. Entonces pudimos apreciar todos el exquisito tacto, la extremada delicadeza del Marqués de Carulla, que como Rector presidía aquellas reuniones; tacto y delicadeza que, por otra parte, hemos tenido ocasión de admirar también, más de una vez, en esta Corporación, y que, cuando con motivo del régimen autónómico anuló el Gobierno los nombramientos de todos los Rectores y dejó a los Claustros universitarios la libre elección de los que hubieran de substituirles, fueron una de las causas principales de que el doctor Carulla fuese reelegido con entusiasta unanimidad.

Más públicamente conocida que la labor del Marqués de Carulla a que acabo de referirme, y que podríamos llamar intrauniversitaria, es su actuación como Rector en los asuntos de enseñanza prima-

ria; de ésta son testigos demasiado visibles, para que pudiese permanecer ignorada, los numerosos edificios para escuelas (unos 120) levantados, durante los diez años de su rectorado, en diferentes poblaciones del distrito universitario de Barcelona. Caso es este tan extraordinario, que bien merece que nos detengamos a considerarlo unos momentos. De la necesidad de instruir a los niños; de los beneficios que toda mejora en la instrucción pública, especialmente en la primaria, ha de reportar a la sociedad; de la conveniencia de subsistir los locales destartados, a veces inmundos, en que se hallan instaladas muchas escuelas, por otros sanos, espaciosos, adecuados para que los maestros puedan hacer fructífero su trabajo y para que a los niños la asistencia a la escuela resulte agradable y no enojosa, toda España está convencida. Y esto, de cuya necesidad toda España está convencida, no se hace. ¿Por qué no se hace? Más que por nada, por inercia; por la mala costumbre de esperar a que los males se remedien por sí solos, o que los remedie el vecino, que es lo mismo que resignarse a que no se remedien nunca.

Esa inercia supo vencerla el Marqués de Carulla. Convencido de que la enorme magnitud que el problema de las edificaciones escolares alcanza cuando se considera en toda la extensión del territorio español, hace difícil, por no decir imposible, que el Estado atienda a él proporcionadamente y en plazo breve, se propuso resolverlo por otros medios e inició su resolución en tales términos, y con tal éxito, que, de seguirse el ejemplo en toda España, en pocos decenios dejaría de existir dicho problema. Pero esto no lo consiguió sin trabajo, sin lucha. Fué preciso que, con su don de gentes y la respetuosa simpatía que sabía inspirar, conquistase la voluntad de los Ayuntamientos y de los vecinos de los pueblos en que las escuelas habían de edificarse; que lograse de unos la cesión del terreno, de otros donativos en metálico, de otros la donación de materiales; de los más pobres, a veces, la prestación del trabajo personal. A todos, sin embargo, sabía convencer su palabra entusiasta; su verbo de apóstol sabía persuadir, aun a los más humildes, a que contribuyesen a facilitar los medios para la educación de las generaciones futuras.

No se detuvo aquí su labor. Era preciso fundar una organización; dar facilidades a los pueblos para disponer de planos o modelos a que ajustarse en la construcción de los nuevos edificios; concertar con una entidad de crédito las condiciones necesarias para la ejecución rápida de las obras, aun cuando no pudiese disponerse más que a largo plazo de los fondos con que habían de pagarse; gestionar y lograr del Ministerio de Instrucción Pública la simplificación de los trámites burocráticos que pudieran constituir dificultades inútiles. Todo esto lo hizo, con su actividad incansable y su poderoso entusiasmo. Ciento veinte escuelas inauguradas en diez años representan ya un resultado importantísimo, pero es más importante todavía, para el porvenir, el camino señalado, el ejemplo dado a todos y las dificultades ya allanadas. Cataluña, España entera habrán de agradecer eternamente al Marqués de Carulla este paso de gigante dado hacia el perfeccionamiento de la instrucción de los humildes.

*
* *

La consideración de la trascendencia social de los trabajos del Marqués de Carulla de que os he hablado hasta ahora me ha hecho relegar a segundo término un aspecto de su vida cuyo recuerdo será siempre gratísimo para los que ostentamos el título de farmacéutico; aspecto del cual no podría dejar de hablaros sin incurrir en grave pecado de ingratitud hacia nuestro llorado Presidente. Como os ha recordado, en su elocuente discurso, el doctor Guerra y Estapé, don Valentín Carulla y Margenat empezó su carrera universitaria en la Facultad de Farmacia; era ya farmacéutico al emprender los estudios de la de Medicina. Más tarde, aunque su trabajo profesional se dirigió a la Medicina principalmente, nunca abandonó el cultivo de los estudios propios de la carrera de Farmacia, ni olvidó nunca que como farmacéutico había empezado. De que no había dejado de la mano el cultivo de dichos estudios, es buena prueba el modo como los utilizaba para redondear las enseñanzas de su Cátedra de Terapéutica; de que conservó siempre para la profesión farmacéutica el más acendrado cariño es testimonio su vida entera. En esta Corporación, que durante tantos años presidió y en la que tanto le queríamos y estimábamos todos, ingresó y figuró siempre como farmacéutico; en el Hospital Clínico, como os he recordado antes, empezó sus actividades como delegado de la litre. Junta para el servicio de la Farmacia, y aunque luego sus aptitudes y su infatigable laboriosidad le llevaron a ocuparse intensamente de todo lo demás, la Farmacia siguió siendo, en cierto modo, la niña de sus ojos. No perdió ocasión, siempre que los recursos económicos del establecimiento lo permitieron, de mejorarla, de dotarla, de hacer de ella una Farmacia modelo; la utilizó, además, constantemente, para complementar las enseñanzas de su Cátedra. Desde el Rectorado, demostró siempre por la Facultad de Farmacia una cierta predilección; buscó y encontró la manera de articular, en cierto modo, la enseñanza de mi Cátedra de Far-

macia Práctica, con la Farmacia del Hospital Clínico; dió facilidades, sin las cuales no se hubiese podido hacer nada, para la construcción del laboratorio de Química inorgánica, el más espacioso con que cuenta hoy la Facultad; favoreció además a ésta con donativos para la adquisición de material científico; proporcionó el capital necesario para el sostenimiento perpetuo de una beca para alumnos de Farmacia, y en general, en todas ocasiones, no perdonó medio de honrar y favorecer a la Facultad en que había comenzado sus estudios. Dios quiso que la terrible enfermedad que había de poner fin a su abnegada vida le sorprendiese presidiendo una Asamblea de farmacéuticos. El nombre del Marqués de Carulla, ilustre por tantos conceptos, será siempre considerado como uno de los más honrosos de la Farmacia española.

Voy a terminar, señores. El doctor Guerra Estapé os ha pintado de mano maestra, en su discurso, al médico eminente, al ciudadano impecable, al hombre bueno en el más amplio sentido de la palabra; yo no he podido hacer más que bosquejar toscamente algunos de sus aspectos. Sus palabras y las mías habrán servido, más que para evocar un recuerdo que está bien vivo en la memoria de todos nosotros, para reavivar el dolor que todavía oprime nuestros corazones por la pérdida sufrida. Nuestra intención, como la de la Academia, al organizar este acto, ha sido rendir un tributo póstumo de admiración, respeto y amor a quien tanto lo mereció. No nos limitemos a esto: honremos todos, en adelante, la memoria del Marqués de Carulla como nos es dable todavía hacerlo: imitándole, cada uno, en la esfera de nuestras respectivas actividades y en la medida de nuestras fuerzas.

HE DICHO

Sesión del 1.º de julio de 1924

Consideraciones sobre medicina social

Discurso de ingreso de D. ALFREDO OPISSE Y VIÑAS en la Real Academia de Medicina y Cirugía (1)

EXCMO. E ILMO. SEÑOR,
SEÑORES ACADÉMICOS,
SEÑORES:

Nunca hubiera podido imaginar, en toda mi ya larga vida profesional, que llegara un día en que, sin haber aspirado ni por soñación a ello, me cupiera el elevado honor de entrar a formar parte de esta Ilustre Corporación, donde sólo tienen asiento las eminencias y los maestros más acatados por su autoridad y sus excepcionales méritos.

Honrado para ocupar un sitio entre vosotros, no acertaría a descubrir el fundamento del altísimo galardón con que habéis querido distinguirme; no puedo alardear de experto clínico, de hábil operador, de consumado investigador de laboratorio, de reputado especialista o erudito retuscador, cuando menos, de pretéritas glorias de la Medicina patria, y sí por acaso sólo depondrían en abono de mi presencia aquí mi constante apego al estudio y mi afán por hacer llegar a conocimiento del público el fruto de los trabajos con que sin cesar se enriquece la ciencia que tiene entre nosotros su más alta representación en este lugar.

Pero mi agradecimiento a vuestra excesiva benevolencia sube de punto al considerar la elevada significación que en el terreno de la historia, la filosofía y la práctica médicas hubo de alcanzar mi prede-

(1) Habiendo fallecido el doctor Opisso antes de la fecha de su recepción, se acordó por la Real Academia que fuese impreso su discurso.